

Cuadernos

del



ISSN 1668-1053

**"Política nacional,
institucionalidad estatal y
hegemonía socio-antropológica
en las periodizaciones de
la antropología argentina"**

ROSANA GUBER

16

JULIO 2009

Instituto de Desarrollo Económico y Social

Aráoz 2838 ♦ C1425DGT Buenos Aires ♦ Argentina

Teléfono: (54 11) 4804-4949 ♦ Fax: (54 11) 4804-5856

Correo electrónico: ides@ides.org.ar

La serie Cuadernos del IDES tiene por objeto difundir avances de los resultados de las investigaciones realizadas en el seno del Instituto de Desarrollo Económico y Social.

ISSN 1668-1053

Indice

Introducción	3
I. Las periodizaciones	6
II. La denominación temporal	8
III. Los contenidos de los períodos	11
A. 1536 ... 1853 ... 1880-1930	11
B. 1930-1955	12
C. 1955-1966	16
D. 1966-1972/73	18
E. 1973-1974	19
F. ¿1975 ó 1976? - 1983	20
G. 1983-....:	22
IV. Institucionalidad, estado-centrismo y disciplina hegemónica	22
Referencias	28

© Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, 2009.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio (impreso, electrónico, etcétera) sin autorización previa.

Diseño: Departamento Editorial del IDES.

"Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía en las periodizaciones de la antropología argentina"*

ROSANA GUBER**

Introducción

Que la historia es, como la antropología, un producto socio-histórico, no es ya una novedad. Desde los años 1980, si no antes, historiadores y antropólogos vienen debatiendo acerca de la conveniencia de que el pasado antropológico sea abordado por cultores de una u otra disciplina: unos estarían más dotados gracias a su especialización profesional (Stocking, 1983), y otros por su mayor y mejor acceso a las preocupaciones del propio campo (Kuper, 1991). Ciertamente no hay respuestas únicas. La cuestión parece depender de la pregunta que hace del pasado su excusa o su eje, su interpretación o su meta. Sin embargo, y pese a lo poco frecuente, los pasados disciplinares tienen mucho que ofrecer si se los atiende socio-antropológicamente, esto es, si se interroga por la perspectiva desde la cual están formulados, por las nociones de temporalidad que conllevan y por sus similitudes y diferencias con respecto a los modos en que otros actores disciplinares o extra-disciplinares los presentan ¿Cuáles serían las ventajas de dicha aproximación? La detección de puntos míticos o mitologizables; la elaboración de patrones de duración, continuidad y discontinuidad; la identificación de localizaciones preferenciales para caracterizar el decurso disciplinar y a sus agentes más significativos; y la proyección de un posicionamiento de la disciplina en el concierto mayor, sea éste definido como académico o como otra cosa.

* Una versión preliminar de este artículo fue presentada al VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Salta, 2006. Agradezco los comentarios de Mirta Bonnin y Andrés Laguens, Susana Luco y Sergio Visacovsky.

** CONICET-IDES. Directora del Centro de Antropología Social, Instituto de Desarrollo Económico y Social (CAS-IDES).

A comienzos de los años 1980 algunos antropólogos argentinos comenzaron a revisar su pasado disciplinar y a escribir periodizaciones. Las razones parecían obvias. La apertura democrática del 1982-1983 tras más de un lustro de intenciones de pensamiento académico único, parecía una ocasión propicia para elaborar informes temáticos y de área para los organismos nacionales e internacionales de investigación científica (especialmente, CONICET y SECYT, también el Instituto Nacional de Antropología y las universidades), ya fuera para reorientar políticas como para sanear a las ciencias sociales y a las humanidades castigadas por la represión física e intelectual de la dictadura. Los antropólogos intentaban dar cuenta de cómo era posible que la antropología practicada en las instituciones universitarias bajo el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) apenas podía reconocerse como parte de la disciplina y como curso pasible de ser desarrollado en democracia. Así, un informe sobre la antropología existente destacaba su

“énfasis anticuarista, totalmente desconectado de la realidad presente ... y la vinculación teórica desde su inserción con escuelas antropológicas perimidas, residuos de una antropología pre-científica o marginal [...] un desarrollo anómalo de la antropología, completamente a trasmano de lo que ocurría en el resto del mundo” (Informe CONICET 1984).

1984 era la primera ocasión en que egresados de licenciaturas antropológicas nacionales o carreras de historia con especialidad en antropología, se volcaban a reflexionar acerca de su proceso disciplinar, sus obstáculos, su estado actual y sus posibles causas¹, y estas reflexiones concluían en que el curso de la disciplina podía y debía reorientarse de cara a la coyuntura política que clausuraba uno de los períodos más cruentos de la historia argentina.

En estas páginas analizaré tres periodizaciones escritas y presentadas entre 1981 y 1994 por antropólogos argentinos autoadscriptos por trayectoria y/o por pertenencia a la Arqueología, la Ethnohistoria, la Antropología y la Antropología Social. Se trata de clasificaciones temporales sucesivas del decurso disciplinar en lapsos identificados y articulados por determinados criterios de continuidad y discontinuidad. Aspiro aquí a mostrar que la adopción de esos criterios ha generado una historización hegemónica de la antropología que obliga a concebir su pasado, presente y futuro desde una posición extra-académica, anti-institucional y porteño-céntrica (o más precisamente, centrada en la Universidad de Buenos Aires, UBA).

¹Las cronologías del americanista José Imbelloni y del prehistoriador Márquez Miranda son muy anteriores, y corresponden al período pre-profesional de la Antropología argentina (ver Fígoli, 1980).

La noción de tiempo es por eso central a este trabajo. La temporalidad que adoptan los historiadores, profesionales y legos al reconstruir el pasado es, como sabemos, una construcción social y cultural (Munn, 1992). En tanto una de las dos dimensiones fundantes (junto con la espacial) por las que se conceptualiza y ordena (disciplina) la acción humana, la temporalidad es cultural y socialmente específica, y por consiguiente, sujeta al control, disrupción, reordenamiento y re-creación sociales. Los calendarios y relojes, las jornadas y ritmos laborales, las sesiones conmemorativas, festivas o funerarias, son algunos ejemplos. Es conocida la clasificación cultural entre sociedades con temporalidad cíclica, mítica y circular (como las 'sociedades frías' de Levi-Strauss; ver Geertz, 1973; Leach, 1971), y sociedades con temporalidad acumulativa, lineal y progresiva (o 'sociedades calientes'). Pero ya desde los años 1970 admitimos la coexistencia de distintas nociones en una misma sociedad o sector social, sean preindustriales o capitalistas, que algunos identifican con distintos aspectos de la vida social (Bloch, 1977).

El concepto de "cronotipo", deudor del más literario "cronotopo", sugiere la existencia de "modelos o patrones a través de los cuales el tiempo cobra sentido práctico o conceptual" (Bender & Wellbery, 1991:4). La discusión ya no reside en determinar si los pueblos están instalados en concepciones estancas o fluidas de tiempo, sino en cómo se configuran ciertas nociones de duración, continuidad y discontinuidad que marcan la vida política y social. Estas nociones integradas en cronotipos, aparecen como representaciones del pasado a través de procesos de historización –entendida ésta como actividad plural de selección, clasificación, registro y reconceptualización de la experiencia. El pasado se integra y recrea significativamente desde el presente, a través de prácticas y nociones socioculturalmente específicas de temporalidad, agencia y causalidad. Los procesos de historización dependen de «las convicciones sustanciales que detentan los miembros de la sociedad acerca de partes del pasado, así como de ideas generales acerca de lo que sería históricamente plausible» (Peel, 1984:112, mi traducción). Dado que los actores son tanto sujetos históricos como analistas de los procesos de los que participan, lo 'históricamente plausible' se redefine constantemente según se redefinan sus posiciones en esos procesos (Guber, 1994).

Poner de manifiesto qué fue lo que estos antropólogos definieron como histórica y antropológicamente plausible entre 1980 y 1994 es el primer objetivo de estas reflexiones; explicitar el cronotipo resultante de estas elaboraciones es el segundo. Para ello presentaré las periodizaciones en cuestión, compararé sus períodos y analizaré sus continuidades y rupturas.

I. Las periodizaciones

Las periodizaciones que analizo aquí fueron editadas en revistas y hechas públicas en presentaciones a congresos y conferencias, entre 1982 y 1994, esto es, en una coyuntura donde al menos los autores de estas crónicas imaginaban otra antropología posible y otras posiciones para sus propias carreras.

La primera la redactó Guillermo Madrazo (1927-2004), un historiador devenido ethnohistoriador y arqueólogo especializado en Pampa y Noroeste, por encargo de un estudio comparado de las ciencias sociales en América Latina a cargo del Proyecto TOAK (Transferencia de Conocimiento en Antropología de UNESCO) propiciado por el IUAES (Unión Mundial de Ciencias Antropológicas y Etnológicas). Su primer manuscrito corresponde a 1982-3, aunque fue publicado en 1985 por el Instituto de Antropología de Tilcara que Madrazo dirigió entre 1984 y 1989. Al momento de redactarlo, Madrazo estaba excluido de la academia institucional de la antropología argentina y enseñaba historia en institutos terciarios. La segunda periodización pertenece a Edgardo Garbulsky (1990/1991; 2/2000), profesor de Historia de la Universidad del Litoral (en Rosario) y antropólogo por especialización y dedicación posterior. Su elaboración fue presentada en el III Congreso Argentino de Antropología Social en Rosario (1990), su ciudad natal y sede de la universidad de la cual se graduó, en la cual enseñó, a la cual renunció (1966-1973), volvió a enseñar y a ser “prescindido” o expulsado (1974-1983), regresando en 1983, para partir definitivamente a su muerte en 2007. En 1990 Garbulsky era un influyente profesor de teoría antropológica en la licenciatura rosarina de Antropología. Su periodización se publicó en 1991 en la revista del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA, *Runa*, y se reeditó en la rosarina *Problemáticas antropológicas* (2000).

La tercera periodización fue una ponencia escrita conjuntamente por Hugo Ratier y por Roberto Ringuélet, egresados de Buenos Aires y La Plata, respectivamente, para el panel “La construcción de la Antropología en el Cono Sur” convocado por la primera Reunión de Antropología del Mercosur en 1995. Ratier perteneció a la primera cohorte de “licenciados” en ciencias antropológicas de la UBA, mientras que Ringuélet cursó en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata en los años 1970. Ratier fue director del departamento de Ciencias Antropológicas de UBA en el radicalizado 1973-1974 para luego emigrar al Brasil. Allí permaneció hasta 1984 en que regresó a la Argentina para reintegrarse a la universidad porteña como uno de los pocos antropólogos argentinos que retornó al país. La periodización de ambos fue publicada por la revista de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, *Horizontes Antropológicos* en 1997, junto a otros artículos de historia disciplinar.

En “Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina” (1985:13-56) Madrazo suministra la siguiente cronología:

1. De signo positivista (1880-1930).
2. De orientación histórica (1930-1955).
3. De modernización universitaria y creciente apertura teórica (1955-1966).
4. De censura y retracción teórica (1966-1972).
5. De subordinación de la teoría científica a la teoría política (1973-1974).
6. De ataque frontal contra las ciencias sociales, violenta represión y paralización teórica (1975-1982).

En “Historia de la Antropología en la Argentina” (2000:11-45) Garbulsky propone:

1. Antecedentes coloniales
2. La independencia
3. Época de Rosas
4. De la organización nacional a la década del treinta
5. Preparación del espacio para la hegemonía de la escuela histórico-cultural
6. La corriente se hace hegemónica. El aislamiento disciplinar.
7. De la Revolución Libertadora a 1966. La creación de las carreras de Ciencias Sociales (Antropología y Sociología)
8. De Onganía a Cámpora
9. De Cámpora a Videla
10. El Proceso o de Videla a Bignone (1976-1983)
11. De Alfonsín a Menem

En “La Antropología Social en la Argentina: un producto de la democracia” (1997:10-23), Ratier y Ringuelet estructuran su artículo con las siguientes secciones:

1. Comienzos de la antropología en la Argentina
2. Antropólogos extranjeros y sus escuelas
3. La Antropología profesional: surgen las carreras
4. Bastones largos y primer exilio: 1966. Reacciones internas
5. El interregno democrático: la ilusión revolucionaria (1973-74)
6. Proyecto genocida y universidad: la dictadura militar 1976-83
7. Democratización y reinstalación de la antropología social.

II. La denominación temporal

Pese a sus diferentes puntos de inicio (Garbulsky en el período colonial, fines del siglo XIX para Madrazo y para Ratier/Ringuelet), es evidente que los períodos disciplinarios son coextensivos con los de la gestión política nacional argentina. 1930, 1966, 1973, 1975, 1983 son hitos que señalan cambios generalmente bruscos en los regímenes de gobierno, de democráticos a autoritarios y viceversa. Esto es así, incluso, con el significativo año 1930 en que la antropología de Buenos Aires no recibe directamente los efectos de la discontinuidad institucional que reina en el país con el golpe de Uriburu. En el Museo Etnográfico sucede el fallecimiento de su director Debenedetti, y en La Plata se retira a su país natal Lehmann-Nitsche, pero las universidades no son intervenidas. Sin embargo, el período que allí comienza es concebido como autoritario lo cual se pondría de manifiesto en el ascenso de la escuela histórico-cultural y de su propiciador Imbelloni (etapa 2 de Madrazo, 5 de Garbulsky). Esta novedad pone en segundo plano que Imbelloni dictaba la cátedra Antropología en el Museo Etnográfico, el cual estaba dirigido por el liberal conservador Félix Outes.

Esta fusión del tiempo político nacional con el tiempo académico de la antropología se consagra desde 1955 cuando los nombres de cada período pasan a designar sucesos políticos institucionales y gestiones de gobierno federal, en vez de referirse a escuelas teóricas u orientaciones generales de la disciplina: “De Onganía a Cámpora”, “De Cámpora a Videla”, “Los bastones largos”. En este sentido, el período 55-66 presenta un carácter mixto, pero predominantemente institucional: si para Garbulsky se define con la “Revolución Libertadora”, para todos, y para él también, el período se caracteriza por la creación de las carreras (de Antropología). Como veremos, 1955-1966 es un período bisagra entre una época definida teóricamente (-1955) y otra políticamente (1966-ss.).

Según los autores 1966 inicia un vaciamiento. Aunque desarrollaré este punto en la próxima sección, cabe destacar que se consigna como “primer exilio” lo que fue, cuanto menos, el tercero (1947, 1955). Si bien fue el primero desde la existencia de las primeras dos licenciaturas antropológicas (1958, UBA y 1957, UNLP), no lo fue tomando como referencia el punto desde el cual se dictan materias de antropología en los museos Etnográfico de Buenos Aires (UBA) y de Ciencias Naturales de La Plata (UNLP). Más aún, este tono –que Madrazo confirma en “De censura y retracción teórica” y que va de 1966 a 1972–, está lejos de operar con la misma dureza en todo el país y en todos los centros universitarios. Las razones son varias. Una y quizás la más obvia e importante, es que los profesores, las autoridades y los alumnos son sujetos actores y agentes, y por lo tanto guardan cierta capacidad de decisión en sus cursos posibles de acción: pueden renunciar o no renunciar, negociar otro puesto, abandonar la cátedra

pero no la Facultad o la carrera, etcétera. En este caso, Garbulsky y Madrazo que, a diferencia de Ratier y Ringuélet, se proponen una historia antropológica a nivel nacional, ubican la creación de las carreras en el 1955-1966, pero no por ejemplo, en el 1966-1973 cuando se abrían las de Rosario (1968, y reforma del plan 1970) y Mar del Plata (1969, reformada en 1971). Esta omisión tiene consecuencias que luego veremos. Por el momento vale discurrir acerca de las razones por las cuales “la apertura de carreras” corresponde al período 1955-1966, siendo éste el puntapié inicial de un movimiento de profesionalización académica que se extendió por el resto del país. Sin embargo, que el punto de inicio para la profesión nacional sean las universidades de Buenos Aires y La Plata, no se discute ni relativiza en ninguna de las tres cronologías.

Los nombres de los períodos que siguen al 1966 denotan la caída de la antropología o su invisibilización por el proceso político. “De Onganía a Cámpora”, “De Cámpora a Videla”, “El Proceso de Videla a Bignone” y “De Alfonsín a Menem” (Garbulsky) llevan en los títulos a personalidades que no se destacaron por cultivar la antropología. Los períodos se suceden en tono similar con fuertes alusiones a la iniciativa gubernamental: “De censura y retracción teórica”, “De subordinación de la teoría científica a la teoría política”, y “De ataque frontal contra las ciencias sociales, violenta represión y paralización teórica” (Madrazo), “Bastones largos y primer exilio”, “El interregno democrático: la ilusión revolucionaria”, “Proyecto genocida y universidad: la dictadura militar” (Ratier/ Ringuélet). La antropología es ‘apaleada’, ‘perseguida’, ‘atacada’, ‘exiliada’, o en el mejor de los casos, ‘persigue una ilusión’. Al cabo de ese ‘vaciamiento’, ‘ataque frontal’, ‘violenta represión’, asistimos a la recuperación, sobreentendida pero no explicitada por los títulos de Garbulsky, quien sólo nombra períodos de administración política nacional (De Alfonsín a Menem) en complicidad con lectores informados y contemporáneos. Ratier y Ringuélet hablan de la “Democratización y reinstalación de la antropología social”. La antropología vuelve a llenar el espacio de la universidad en el período que los autores vislumbran abrirse en 1983, que en rigor es 1984 pues sólo restan 12 días laborables de 1983; la asunción del mando nacional fue el 10 de diciembre. Optar por 1983 en vez de 1984 significa observar y exhibir una mayor precisión historiográfica [...] con los hechos de orden político-burocrático nacional. Así, la democratización marca el final del ‘vaciamiento’ con la ‘reinstalación’ de una subdisciplina, la ‘antropología social’.

En suma, estas cronologías comienzan en puntos diferentes pero mantienen importantes acuerdos. Dejando la periodización temprana de Garbulsky, quien encuentra en el período colonial, la independencia y la época de Rosas, los primeros pasos hacia el conocimiento sobre los pueblos indígenas, la mayoría de estas periodizaciones comienza con la Organización Nacional y un sesgo teórico-epistemológico, con sus escuelas y sus hegemonías (‘positivismo’,

‘orientación histórica’, ‘escuela histórico-cultural’, ‘Antropólogos extranjeros y sus escuelas’). En el ‘55 hay una alusión a las carreras y en el caso de Madrazo, al clima general institucional universitario (‘de modernización’), para luego asistir a la caída y la expulsión. Si consideramos los nombres de períodos que denotan positividad y negatividad, entre 1958 y 1983 contamos con 9 años de modernización, constitución, ilusión, profesionalización, surgimiento, apertura teórica, compromiso, contra 15 años de censura y retracción teórica, genocidio, exilio, éxodo, ataque frontal contra las ciencias sociales, violenta represión y paralización teórica. Si sumamos a esos 15 años políticamente nefastos el período previo a 1955 que para Madrazo y Garbulsky es (teóricamente) negativo, según puede inferirse del subtítulo –“El aislamiento disciplinar” (Garbulsky)– y el contenido de la escuela histórico-cultural, tendríamos un total de 30 años negativos para la antropología.

Caben aquí dos consideraciones. La primera es que tamaño pesimismo podría deberse a que, al momento de redactar estas crónicas, sus autores se ubican temporalmente en el final del Proceso de Reorganización Nacional. Esto vale sólo para Madrazo, no para Garbulsky ni para Ratier/Ringuelet. Sin embargo, aunque en estos últimos casos ya habría material suficiente para diseñar otra historia, el peso organizador de los años negativos es tal que todo se edifica en torno a y a partir de ellos. Esto tiene que ver con la segunda cuestión. Como reaccionaría cualquier argentino medianamente informado, las periodizaciones que proponen estos autores no agrupan todos los años negativos en un bloque y todos los positivos en otro. En vez, unos y otros se presentan de manera alternada, como 15 negativos (los histórico-culturales), 11 positivos contando desde 1955 (8 desde 1958, creación efectiva de carreras) hasta 1966, 7 negativos hasta 1973, 1 positivo (y esto relativamente, pues para Madrazo la disciplina se subordina a la política) y 8 negativísimos desde 1975 hasta 1983 (aunque la intervención bajo Isabel Perón y Oscar Ivanissevich se efectiviza en 1974, por lo que habría que sumarle un año más). Hay que esperar hasta 1983 (en realidad hasta 1984) para vislumbrar una recuperación, reinstalación o surgimiento en sentido (casi) definitivamente positivo.

Esta distribución alternada sienta las bases para imprimir un sentido clave en todas estas cronologías; se trata de una tensión entre opuestos que puede ser leída como combate o disputa, hasta el triunfo de las fuerzas positivas sobre las negativas en 1983/4. Como quienes diseñan las cronologías se autoadscriben, obviamente, al bando positivo (llámese progresista, democrático, socio-antropológico, científico, etc.), esa sucesión genera la idea de una oposición entre bandos exteriores entre sí, dos antropologías mutuamente extrañas y excluyentes: una paralizada, retraída, aislada, histórica o histórico-cultural, y la otra exiliada, perseguida, reprimida, pero victoriosa. Si a ello se agrega que los períodos negativos se asocian con

regímenes de facto, la contienda antropológica se traduce a una oposición entre democracias y dictaduras. Son las dictaduras las que persiguen a la antropología, y las democracias las que la fomentan o protegen. Tal es así que el subtítulo de la crónica de Ratier/Ringuelet es “un producto de la democracia”. Pero el producto de la democracia es, según ellos, la Antropología Social a la que acotan su artículo. Cabe entonces la pregunta de si retrospectivamente la crónica que ellos elaboran corresponde a la antropología toda o a la antropología social. Para Ratier/Ringuelet se trata sólo de la Antropología Social, aunque sus puntos 1 y 2 y casi tampoco el 3 correspondan sólo a la subdisciplina socio-antropológica, inexistente hasta comienzos de los años 1970. La duda se extiende a las otras periodizaciones ¿Es que éstas se han elaborado tomando como base la perspectiva socio-antropológica, o es que la “antropología social” permea las periodizaciones de la antropología toda?

III. Los contenidos de los períodos

A. 1536 ... 1853 ... 1880-1930:

Garbulsky es quien inicia más temprano la historia de la antropología en la Argentina, remontándose al período colonial como “Antecedentes”. Referido a relatos de viajeros y literatos, eventualmente algunos políticos, durante la Colonia (Del Barco Centenera y los jesuitas, Azara, Ruiz de Montoya, Lozano, Del Techo, Dobrizhoffer y otros), la Independencia (Mariano Moreno y Belgrano) y la época de Rosas (D’Orbigny, Muñiz, Parish), este lapso se examina a través de fuentes contemporáneas a la situación de los aborígenes patagónicos, pampeanos y del nordeste de la hoy República Argentina. En total esta reseña no ocupa más de dos páginas y es más bien un intento de predatación “la antropología” en la constitución de fuentes de uso antropológico, que una descripción de las perspectivas filosóficas, teóricas y metodológicas de estos antecedentes.

El período que se abre con la Organización Nacional tiene, para Madrazo y Garbulsky, su eje en las investigaciones de Florentino Ameghino y de Francisco P. Moreno, la creación de los museos de La Plata y Buenos Aires, casi paralelamente a la finalización de las campañas militares contra los pueblos indígenas de Pampa, Patagonia y el Nordeste. A Estanislao Zeballos, Ambrosetti, Debenedetti, Lehmann-Nitsche, Samuel Lafone Quevedo y Luis María Torres, los clásicos de toda historia antropológica, Garbulsky suma a Alfredo Castellanos de Rosario. Madrazo dispensa una atención detallada a los aspectos teóricos, metodológicos e institucionales del período, que para él abarca hasta 1930. Las personalidades son básicamente las mismas que para Garbulsky, y las llama “precursores” (5).

Al caracterizar la primera época de la antropología, Garbulsky y Madrazo coinciden en varios puntos: a) la contienda entre el evolucionismo, con su mayor, aunque no único, representante Ameghino, y el catastrofismo propiciado por Moreno desde el Museo de La Plata; b) la preeminencia de una visión peyorativa sobre el mundo indígena de entonces, y la identificación con los propósitos “civilizatorios” del Estado nacional (salvando los casos de Ambrosetti, Ameghino y Lafone Quevedo); c) la homologación del indígena con el salvajismo y la prehistoria viviente (Madrazo 6) en vías de extinción; d) el modelo del sabio erudito y polifacético (11) operando a la vez como arqueólogo, etnohistoriador, folklorólogo, etnógrafo y antropólogo físico; e) un cierto esfuerzo en observar una perspectiva objetivista y eminentemente descriptiva al estilo naturalista, aunque sesgada por los prejuicios de la época y por el compromiso con el expansionismo territorial de la clase dominante (Ibid.); f) la creación de instituciones relativas al estudio del hombre prehistórico y los grupos indígenas (Museo de Ciencias Naturales de La Plata, Museo de Historia Natural de Tucumán, Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, Museo Etnográfico de Buenos Aires 1904, Academia de Ciencias de Córdoba, Sociedad Científica Argentina, Instituto Geográfico Argentino); g) una metodología inductiva sin contraparte deductiva (5) y con perspectiva documentalista, a veces tendiendo a “la comparación y a la clasificación sistemática o histórica” (8).

Madrazo y Garbulsky coinciden también en que a la finalización de este período sucede un vacío teórico (Madrazo lo llama “punto de inercia”) que retoma la noción del arqueólogo Alberto Rex González, difundida en otras historias antropológicas (Bartolomé, 1980). Ese vacío se habría producido tras la refutación de la tesis de Ameghino sobre el origen pampeano del hombre, en 1910. Progresivamente ocupa la escena académica Imbelloni, quien comienza a hacer investigaciones en la Argentina en una primera etapa de neto corte positivista, y asciende la escuela histórico-cultural germana (Madrazo 10).

B. 1930-1955:

En consecución con esta perspectiva, la etapa siguiente es caracterizada por Garbulsky como “Preparación del espacio para la hegemonía de la escuela histórico-cultural”, y abarca desde 1930 hasta 1946. Esta sección se dedica fundamentalmente a la obra de Imbelloni, especialmente a su *Epítome de Culturología*, en cuyas citas (2000:18-19) Garbulsky advierte su intento de autonomizar a la antropología (“las conexiones y diferencias que establece entre la Culturología y la Historia) y la asimilación de grupos culturales a grupos raciales (“el carácter organicista de su idea de la vida de un pueblo” 18), con algunas expresiones peyorativas hacia lo indígena [“sus explicaciones (de los aborígenes) ... son fábulas que suelen narrar los indígenas al viajero incauto para expresar su finalidad” (19) –mi énfasis–]. Señala que

Palavecino y Constanzó acompañan esta postura, cuando adoptan los esquemas de “Schmidt, Cooper (Koppers) y Ehenreich (Ehrenreich)” (19; mis paréntesis). La única excepción sería Augusto R. Cortazar, más próximo al análisis funcionalista de Malinowski y al modelo de cultura folk de Robert Redfield. Ya en el período siguiente (46-55) Garbulsky connota, siguiendo a José Pérez Gollán, la década peronista como “la adhesión al fascismo como sustituto de la anterior adscripción al imperialismo anglosajón” (Pérez, en Garbulsky 20). El nacionalismo de Imbelloni converge con el de Perón, con la expulsión de profesores disidentes y con la creación del Instituto Etnico Nacional (1946). Es éste el momento en que ingresan Menghin, Deszo, De Ferdinandy y Males, todos ellos caracterizados como nazis y filo-nazis exiliados de la segunda postguerra.

Madrazo presenta, en su etapa 1930-1955 a “La reacción histórico-cultural” con un matiz importante. Tras afirmar que el evolucionismo había caído en Europa y que en la Argentina sus voceros habían dejado de ser “representantes eficientes del sistema” (13), señala el arribo desde Europa de dos corrientes históricas [pues, aclara, la Boasiana de EE.UU. tiene mínima representación aquí (12)]: la francesa de Paul Rivet, con Alfred Métraux quien crea y dirige durante 10 años del Instituto de Etnología de Tucumán, y la corriente de Imbelloni. Madrazo caracteriza a la de Métraux como una orientación al estudio etnográfico, y a la de Imbelloni como ya instalada en el país, aunque alimentada por los inmigrantes de postguerra. Sin embargo, lo que caracterizaría a Imbelloni no serían tanto sus trabajos de investigación.

“La escuela histórico-cultural de Viena llegó a la Argentina con el italiano José Imbelloni, alrededor de 1930 y luego de tres lustros de actividad personal de este investigador recibió aportes humanos europeos y se transformó en un importante núcleo teórico de definición fascista que tuvo su bastión ideológico en el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires” (12).

Este giro se explica por “la alienación general” de los investigadores anteriores incapaces “de fundar una antropología de lo real para llenar el vacío teórico dejado por el viejo evolucionismo cultural” (13). Fue “esa situación carencial [...] la que determinó que la corriente histórico-cultural concretara su afianzamiento en esos años hasta 1946 antes de constituirse en factor de poder dentro de la Universidad de Buenos Aires” (13). Madrazo puntualiza la inexistencia de debates con la producción anterior y la diatriba permanente de Imbelloni y sus colegas (Meghin) y discípulos (Bormida) recién llegados, contra el evolucionismo, su postura irracionalista y opuesta a la ideología del progreso (14).

Es de notar que, según estos autores, Imbelloni apostaba a una ciencia llamada Culturología, propia de la Americanística, a la reconstrucción de los patrimonios, y al acceso de

las esencias culturales de pueblos injustamente llamados “salvajes”. Descreyendo que la culturología fuera una ciencia nomotética, sociológica y racionalista, enfatizaba la empatía pero también el análisis empírico de los bienes culturales, formulación a la que Madrazo juzga “tan atractiva” pero encerrada en “la indagación científica de áreas y ciclos culturales”. Concluye que Menghin y, más todavía, Bormida fueron profundamente eurocéntricos, lo que en parte se explica “por su filiación política, inseparable del sentimiento de superioridad racial y cultural, y por su correlativo elitismo universitario, muy afín al del liberalismo” (14).

En suma: no es posible evaluar la producción de esta corriente victoriosa en el medio rioplatense, si no es comenzando con la declaración fascista de sus principales representantes. Y esto pese a que unos cuantos adherentes a la teoría no participaban de dicha afiliación política. Enrique Palavecino seguía el historicismo de Métraux y lo sucedió en el cargo, pero fue también afín a la teoría de los ciclos culturales; Salvador Canals Frau encabezó el IEN creado por Perón y estudió con Graebner, aunque Madrazo sólo lo ubica como “cesante” en Cuyo, reemplazado por el fascista húngaro de Ferdinandy; Márquez Miranda, un liberal, fue separado de la universidad por el peronismo, pero siempre fue histórico-cultural; Cortazar empalmó funcionalismo Redfieldiano con los ciclos culturales, en su método “histórico-integral”.

El interrogante sería entonces por qué el vacío no lo llenaron ni Métraux ni el funcionalismo. Pero esta pregunta ni siquiera se formula, probablemente porque se considera que el período abierto en 1930 es retrógrado también al nivel de la política nacional (pese a que la presidencia de un militar-intelectual como Agustín Justo no lo fue en el campo académico), y porque se considera que el giro supuestamente fascista del gobierno nacional en 1943 se continuó con el mismo signo después de 1945 y de la intervención de la universidad en 1947. La congruencia entre signo político nacional e inspiración teórica antropológica se consolida en este período y se sostiene para el resto de la periodización.

La caracterización masiva de los histórico-culturales como nazi-fascistas es más comprensible atendiendo a la ubicación política de los autores de ambas cronologías, ubicación que tiene como características distintivas al antifascismo –evidente en Garbulsky, 1987– o lo que podría llegar a asemejarse, a su anti(primer)peronismo. Este posicionamiento se funda en las atribuidas simpatías de Perón por el eje y más explícitamente, en la intervención del Poder Ejecutivo a las universidades nacionales, la primera desde el establecimiento de la Reforma Universitaria en 1918. Dicha intervención dejó fuera a numerosos profesores de filiación liberal, socialista y comunista, aunque muchos de ellos (como el mencionado Márquez Miranda) siguieran la orientación histórico-cultural, mientras que otros, como el liberal Canals Frau ascendió a director del IEN, un organismo nacional creado por el mismo Perón (Lazzari, 2003),

y pese también a que el liberal y antiperonista González ingresó en el Museo de la Plata en 1948 para reemplazar al recién expulsado Márquez Miranda (Soprano, 2007), punto eludido por Garbulsky cuando justiprecia los aportes del joven Rex (González) en sus métodos modernos de datación y excavación” vinculando la arqueología con la historia social (22). En todo caso, la perspectiva correspondiente a este período está claramente sesgada, aunque no por eso errada, por una mirada teleológica. “En Buenos Aires, Bormida habría de cursar la carrera de historia en la UBA para descollar luego en distintos campos de la antropología histórico-cultural y en la represión fascista universitaria en la década del 70” (Madrazo 13).

En efecto, este período 1930-1955 es central porque de su caracterización depende cuanto está por venir ¿En qué medida? “Ese predominio de una escuela perimida en Europa y jamás difundida en Estados Unidos tendría marcada importancia en la constitución de la antropología profesional en la Argentina y, en particular, en la situación de la Antropología Social. [...] ese predominio sobrevivió a cambios de gobierno y prosperó en especial en los períodos autoritarios que usurparon el poder democrático en el país” (Ratier y Ringuet, 1997:12). Así, siendo tan dominante desde su implantación, los autores entienden que la escuela histórico-cultural permeó a la antropología en todas sus especialidades, sin dejar lugar a otros desarrollos endógenos. Quizás la Antropología Social podría emerger como la alternativa: pero ¿cuál sería su origen si toda la casa antropológica aparece tomada por los histórico-culturales? El razonamiento implicaría, además, que ni la fenomenología ni la Nueva Arqueología constituirían alternativa alguna.

Finalmente, al asimilarse el surgimiento de la escuela histórico-cultural con el ascenso y reinado de los primeros dos gobiernos peronistas (y esto con su fundamento ya que Imbelloni fue “el antropólogo de Perón”), se introduce una relación paradójica entre un régimen popular (algunos lo llaman despectivamente bajo una jerga técnica, “populista”) y una escuela de pensamiento. Esta asimilación que se inicia en la elaboración sobre este período, obliga a ubicar a la teoría como subalterna del fenómeno político, no dejando lugar para la elaboración de hipótesis que expliquen su articulación. Como señala el austríaco André Gingrich en su estudio de la antropología de habla germana, la teoría de los ciclos culturales no fue tan útil al nazismo como lo fue el funcionalismo de Thurnwald. Es probable que la orientación nacionalista que primaba políticamente en la Argentina haya contribuido a la expansión de la opción histórico-cultural en la antropología argentina, como sostienen estos autores (también Bartolomé, 1980; Fígoli, 1990), pero aún así habría que examinar más de cerca algunas tesis relativas a la deuda de la academia con la política ¿Acaso su vinculación proviene de un mismo estadio en la constitución de la nación, como afirma Fígoli (1991)? ¿Acaso del autoritarismo endilgado al

fascismo y al nazismo de la política local? ¿Acaso a conexiones internas entre las tesis histórico-culturales y el lugar que se atribuía a la Argentina en el sistema de áreas antropológicas? La decalificación general impide ver estos interrogantes como dignos de estudio.

En suma, las historias antropológicas dan por sentado un matrimonio cuya constitución permanece en el misterio y cuyos efectos estarían a la vista [...] pero ¿a la vista de quién? De todos modos, cabe reparar en que este período es el que más interés suscita entre los historiadores, constituyéndose en el epicentro del decurso antropológico en la Argentina (¿o en el eje La Plata-Buenos Aires?). La articulación entre una orientación teórica autoritaria “perimida” (la histórico-cultural), el gobierno nacional (popular o populista/fascista), la gestión universitaria (intervencionista) y el signo político de los emigrados del este europeo, es tan vistosa como paradójica y, en todo caso, demasiado interesante como para dejar sus sentidos a merced de la naturalización que proponen las facciones académicas. Lo cierto es, sin embargo y según creo, que es del período 1930-1955 que los historiadores antropólogos extraen su modelo ejemplar para ilustrar la relación academia-política nacional, tan habitual en los escritos sobre la universidad en la Argentina.

C. 1955-1966:

El período 1955-1966 se caracteriza por la creación de “las carreras de Ciencias Sociales (Antropología y Sociología)” (Garbulsky) y por “La apertura teórica” (Madrazo). Madrazo ubica en él al regreso del liberalismo, la instauración del desarrollismo –y el ingreso del imperialismo norteamericano a la academia a través de los subsidios para la investigación. Con menor detenimiento que en el acápite anterior, examina la apertura de las carreras advirtiendo, por un lado, que el lanzamiento de la licenciatura de Ciencias Antropológicas de la UBA fue simultáneo a la de Sociología, Educación y Psicología, y que en los fundamentos de su creación primaba el interés por vincularla con los problemas sociales y el desarrollo. Por otro lado, también advierte que “la permisividad general” dejó en sus puestos a los herederos de Imbelloni, y que en la licenciatura propiamente dicha, no hubo “una programación sistemática en las investigaciones de ese tipo (funcional-estructural acrítica y cientificista) ni un propósito similar (formulación de estrategias para el desarrollo” como en Sociología) (18; también Ratier y Ringuélet 14). Destaca entonces los esfuerzos de los primeros alumnos de abreviar en asignaturas sociales (aunque sin señalar que se dictaban en las vecinas carreras de Sociología y en Psicología; Ratier y Ringuélet:14), y la constitución de grupos de izquierda que comenzaron a predicar contra el cientificismo, los subsidios externos (que Garbulsky ubica en el período siguiente, 1966-1972) y, sobre todo, en contra de la neutralidad ética y valorativa de las investigaciones. Más allá de cierta asociación entre el estructural-funcionalismo con la

dependencia creciente del imperialismo norteamericano, más evidente en el Instituto de Sociología de Buenos Aires que en el de Antropología, este período tan promisorio carece de producción propia. Aunque la mirada sugiere un cierto interés en la antropología social, en los hechos la alternativa académica queda subordinada al anticientificismo de izquierda.

Garbulsky y Ratier/Ringuelet confirman esta perspectiva, aportando mayor casuística en cuanto a investigadores, áreas de estudio y temáticas, e incluyendo nuevos lineamientos de investigadores generacionalmente anteriores (Chertudi, Petruzzi, Hermitte, González y Krapovickas, entre otros) pero sin el desarrollo de linajes y escuelas teóricas. Esta falta poco importa porque Garbulsky destaca la continuada presencia de los histórico-culturales. Al recordar la confección de un volumen en la *Revista de la Universidad de Cuyo* (en homenaje a los diez años de Menghin en la Argentina), afirma que “La etnología tradicional no dejaba su lugar sin luchar” (Garbulsky 26).

Dado que por entonces en todas las instituciones antropológicas la arqueología goza de mayor solidez académica, la antropología social viene a instaurarse, como en La Plata, de la mano de una novedosa “arqueología social” con González, y también con quienes propiciaban estudios interdisciplinarios al interior y al exterior de la disciplina antropológica. Sin embargo, los historiadores de la antropología social asignan un papel decisivo a otro sector: “como un negativo de la propuesta académica porteña, grupos de estudiantes fueron concibiendo como alternativa lo que comienzan a denominar antropología social [...] una antropología volcada hacia problemas actuales del país y del continente, no limitada al relevamiento de culturas indígenas (etnología) y campesinas (folklore), basada en una concepción histórico-estructural distinta a la historiografía tentativa y con posibilidades de ser aplicada en la resolución de problemas concretos” (Ratier y Ringuelet 14-5). Tal es el sentido joven y rebelde del 1^{er} Congreso Argentino de Estudiantes de Antropología, citado por todas las crónicas. La centralidad de los estudiantes no se debía a sus aportes investigativos sino a que, con su fervor innovador, permitían dar cuenta de una antropología no regresiva en el marco de un departamento profundamente conservador y anti-moderno (Guber y Visacovsky, 1998; Guber, 2007). Los autores se refieren en su artículo a La Plata y a Buenos Aires, aunque esta marca es claramente porteña y no nacional. Aquí la antropología social aparece como inherentemente subversiva. La apertura a “esa antropología social sui generis” (*Ibid* 15) era resistida “firmemente” por el *statu quo* académico, pero no hay datos de entonces: los autores anuncian que “En épocas dictatoriales prohibirían su ejercicio acusándola de extremismo político” y “colaborarían en la persecución a los profesionales enrolados en la nueva tendencia” (15, también Madrazo).

En suma, queda claro que en este período no sólo se crean las dos licenciaturas (Buenos Aires y La Plata) y la especialidad de la licenciatura en Historia en Rosario (1959), así como el Instituto Nacional de Antropología (INA); se asiste además al nacimiento del interés por la antropología social caracterizada por una expresión de descontento con el orden establecido, como una expresión *sui generis*, una versión comprometida con la realidad social argentina y latinoamericana con sesgo antiimperialista. Este período, cuya novedad aperturista se visualiza desde lo que por entonces se definía como antropología social, se contrapone a la antropología del *statu quo*, representada por la etnología y el folklore y, ciertamente, por la arqueología histórico-cultural, pese a que la etnología es ya fenomenológica y el folklore es funcionalismo (Chertudi) y estructuralismo (Chertudi, Blache).

D. 1966-1972 / 73

El período que Garbulsky llama “De Onganía a Cámpora”, Madrazo “La Censura”, y Ratier/Ringuelet “Los bastones largos y primer exilio”, presenta las contradicciones de una manera de hacer periodizaciones desde una posición que es a la vez institucional-estatal y extra-institucional. Es cierto que hay exilios que comienzan con la caída de la universidad autónoma el 29 de julio de 1966, y con la decisión de profesores y auxiliares docentes de renunciar a sus puestos. Es cierto también que muchos investigadores, especialmente de Ciencias Exactas, Médicas y Sociales, además, deciden emigrar al exterior. Pero también es cierto que muchos profesionales-investigadores, particularmente de la antropología, permanecen en el país y abren posibilidades en otros ámbitos también pertenecientes a la esfera oficial e incluso universitaria. La creatividad de lo que los autores identifican como antropólogos sociales o “comprometidos” en una época de “bastones” y “censura”, es por eso mucho más notable, y aunque los autores reparan en ello, no extraen conclusiones constructivas del período, más allá de ciertas individualidades vinculadas entre sí por su adscripción disciplinar y política progresista.

Nota Garbulsky que de esta época datan los trabajos de Germán Fernández Guizzetti en etnolingüística de Rosario, la continuidad de González en La Plata, los trabajos de Santiago Bilbao en el INTA y la publicación de Ratier de dos *best sellers*, obras de difusión más que estrictamente académica, *Villeros y Villas miseria* y *Cabecita Negra* (Garbulsky). Se concreta el Censo Indígena Nacional y el Congreso de Americanistas, ambas como iniciativas del período anterior. Se publica la revista *Antropología del Tercer Mundo* y suenan los ecos de la condena al Plan Camelot de Chile, en proyectos que algunos consideran su réplica en la Argentina. Pese a que ni José Nun, ni Miguel Murmis ni Ernesto Laclau, ni tampoco Hermitte, participaron de iniciativas ligadas a la CIA y a la actividad contrainsurgente norteamericana, las resistencias de estudiantes y algunos graduados a la instauración de un postgrado subsidiado por la Fundación

Ford en la Universidad de La Plata muestra que el clima antropológico no estaba tan acotado por los “bastones largos”. Así lo demuestra que en 1971 Menéndez se hiciera cargo de la carrera de antropología de Mar del Plata (Gil, 2007), y que en 1968 se creara la licenciatura de Rosario. “Un estado general de debate político conmueve a la sociedad y se multiplican los ensayos interpretativos del peronismo” incluso con el peronismo proscrito (Ratier y Ringuet 17).

La perspectiva de Madrazo sobre este período también abona una imagen contradictoria. A la expulsión de numerosos antropólogos de las entidades académicas, se sucede su inserción en organismos oficiales (CFI e INTA), se crea la carrera de Rosario y se generan dos espacios refugio en el seno de instituciones abiertas o habilitadas en el período anterior (55-66): el Museo Dámaso Arce de Olavarría (del que él fue cofundador) y la Universidad de La Plata, con la permanencia de Rex González que no renunciara en 1966. En 1972 se crea el Colegio de Graduados en Antropología. Llamativamente el CONICET, controlado por los antropólogos-etnólogos, registra a los investigadores en Antropología Social como segunda subdisciplina después de la arqueología, que la duplica y es apenas superior a la etnología. La encuesta de Ratier, publicada por el Museo Dámaso Arce y citada por Madrazo, muestra a los arqueólogos como más comprometidos con la unidad de la antropología y, a los sociales, como más interesados en “emigrar hacia las ciencias sociales” y como “políticamente más comprometidos” (24).

E. 1973-1974

El período 1973-1974 es breve y convulsionado. Propicio a la interpretación que refuerza semejante clima anti-*establishment*, surgen las carreras de antropología social en Misiones y en Salta, y las especialidades socio-antropológicas de Buenos Aires y Rosario. En este período aparecen mencionados los antropólogos sociales sin formación local –Hebe Vessuri, Eduardo Archetti, Kristi-Anne Stølen y, la del graduado de Buenos Aires con doctorado en el exterior, Leopoldo Bartolomé– y antropólogos formados localmente como Mario Gatti y Bilbao, todos abocados al estudio del medio rural. Madrazo, sin embargo, enfatiza un período donde prima la subordinación de la antropología a la política, a los ideales revolucionarios (“la consigna de la liberación nacional”), a los autores “extra-científicos”, y a la “desintegración organizativa y jerárquica”. El “irracionalismo” que en otros períodos se asociaba a Bormida, regresa desde el populismo de izquierda y se reúne con el anticientificismo propiciado a fines del período 55-66. La caída es inminente.

Garbulsky valora que “A pesar de lo corto del proceso –[...]– y de estas actitudes infantiles frente a la relación ciencia/realidad, ciencia/política (se refiere a la proclama de poner

la antropología al completo servicio del pueblo y los ideales)², el período no es estéril ni en realizaciones ni sobre todo en nuclear ideas para desarrollar proyectos” (33). Pero nuevamente el *establishment* “no deja su lugar sin luchar”. Por eso Garbulsky menciona explícitamente la formación del CAEA (Centro Argentino de Etnología Americana) en 1973, desde donde con auspicio del CONICET, Bormida y sus discípulos seguirían haciendo etnología ya con la impronta fenomenológica adoptada por Bormida desde mediados de los años 1960.

La intervención de 1974 suspende las clases primero, promueve el cambio de programas curriculares, bloquea las especialidades socioantropológicas de Rosario, Buenos Aires y La Plata, y cierra la inscripción de las carreras de Salta y Mar del Plata. Queda sólo Misiones, una licenciatura en antropología social que se dicta en la ciudad de Posadas.

F. ¿1975 ó 1976? - 1983

Madrazo se refiere al período 1975-1982 como de paralización teórica, mientras que Garbulsky habla directamente de “El ‘Proceso’ o de Videla a Bignone (1976-1983)”. Madrazo comienza el período referido al régimen terrorista antes que el 24 de marzo y ubica a Bormida y a Benigno Martínez Soler como promotores de la transformación de antropología en una especialidad de la carrera de Historia de Buenos Aires. Pese a la iniciativa, la licenciatura porteña permanece pero con las tres orientaciones clásicas (etnología, prehistoria y folklore), adosándole el título de Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Ciencias Antropológicas. Es cuando se intenta el cierre de la carrera (1981). Lo mismo ocurre en La Plata, donde las materias naturalistas toman mayor primacía. En Rosario la antropología vuelve a ser orientación del profesorado de Historia, con el mismo plan 1959-66. En Mar del Plata las últimas materias, con otro plantel docente, se dictan en 1978, y en Salta en 1981.

En Misiones, escribe Madrazo en 1983, la “situación fue y es normal” (28). Explica esta aparente disonancia en que sus practicantes se ocupan “de los problemas socioculturales de su zona con criterio estrictamente profesional. Aparentemente la falta de cuestionamientos a nivel ideológico ha hecho posible su permanencia y crecimiento. Se realizan investigaciones aplicadas mediante convenios con entidades públicas y privadas” y fundamentalmente con la Entidad Binacional Yacyretá (28-9).

²Según Bartolomé se produjo “un marcado descenso en el nivel académico [...] un marcado predominio de las corrientes fenomenológicas irracionalistas impulsadas con un énfasis excluyente, [...] y la creciente politización del estudiantado con una variedad de ‘izquierdismos’ marcadamente voluntaristas e irracionalistas” (Bartolomé, 1980:210).

Ciertamente los autores reparan en que este período se caracteriza por una dura y clandestina persecución política que produce numerosos exiliados internos y externos, presos, desaparecidos y muertos, además de efectos letales en las mismas carreras y orientaciones. Pero lo que sucede fuera de las instituciones nacionales no remite, pese a las horrendas condiciones, ni al letargo ni a la desaparición. Los cronistas mencionan al Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social, fundado y dirigido por Esther Hermitte; al Centro de Estudios de Antropología de Blas Alberti, con una orientación anticientificista de izquierda nacional; a la Sociedad de Antropología de Rosario (1981); al Colegio de Graduados dirigido por Cristina Soruco. Señalan, además, reuniones regionales y nacionales como las Primeras Jornadas Interdisciplinarias sobre las Ciencias y la Salud (1982), las Jornadas por los 25 años de las Ciencias Sociales en Argentina (Colegio) 1983 y Antecedentes, Actualidad y Perspectivas de la Antropología en Argentina (1983, IDES). El período se corona, a las puertas de las elecciones nacionales, con el I Congreso de Antropología Social en Posadas (agosto de 1983). Tanto los esfuerzos como los resultados en investigaciones sobre salud, educación, estudios rurales, urbanos y de etnicidad, nombres de las comisiones del congreso, muestran que la antropología social mantenía cierta vitalidad que realimentaban quienes empezaban a volver al país, como el mismo Ratier.

Si se habla de persecución y de exilio, la atención sobre la construcción antropológica debe orientarse fuera de las instituciones. Pero ¿acaso éstas se encontraban desiertas de toda antropología? Madrazo le dedica una página a este punto que es nodal para atenuar un posible divorcio basado en la sospecha sobre quienes permanecieron en la academia durante el PRN, como culpables de colaboracionismo. Según Madrazo en las universidades existían tres clases de personas: los científicistas de derecha y los advenedizos, los “fieles ejecutores de la destrucción deliberada de la universidad” (30) y también la gente meritoria sin definición política. Madrazo señala que los estudiantes y nuevas promociones “subsistieron sobre la base de estrategias individuales” acercándose a veces a quienes detentaban el poder, los subsidios y las becas e ingresos a carrera de investigador, o bien buscaron inserción en organismos del estado. Madrazo encontraba aquí “el resurgimiento del antiguo modelo de ‘profesionalidad’ del científicismo, alejado de posiciones valorativas” (30) fundamentalmente en las áreas de salud, desarrollo rural, educación y antropología urbana (especialmente relocalizaciones y vivienda). En todo caso, y como según él demostraba el ejemplo misionero, se trataba de no incurrir en el cuestionamiento “ideológico” ¿Sería ésa la clave de la supervivencia de la antropología social en el extremo nordeste del país? ¿Sería también la marca de la antropología por venir?

G. 1983-...:

Madrazo cerraba su periodización señalando que la antropología “debe ganar consenso y hacerse conocer, especialmente la antropología social”, aunque entendía que el camino ya estaba iniciado (32). Ratier y Ringuélet y también Garbulsky marcan el resurgimiento de las secciones y las especialidades, las actividades docentes y de investigación, en distintos puntos del país. Ambos trabajos son muy claros al señalar que el gran cambio que trae la democracia argentina al campo de la antropología reside en la apertura teórica y al mundo, la elevación de la matrícula de estudiantes de antropología y la consolidación institucional. Pero la punta de lanza de este proceso es la frase inicial con que señalan la principal característica del período:

“En el proceso que lleva a la elección del Dr. Raúl Alfonsín, se abrieron un conjunto de perspectivas en el desarrollo de las ciencias antropológicas en general, en especial de la Antropología Sociocultural” (Garbulsky 36-7);

“El retorno democrático significó la vuelta de la estigmatizada antropología social” (Ratier y Ringuélet 19).

La leve diferencia entre ambos escritos es que para Ratier y Ringuélet la antropología social vuelve, aunque su estadía previa no aparezca demasiado clara a lo largo del texto. El “retorno” de la antropología social se parece al “retorno” de los exiliados al país y a la universidad. Pero esa vuelta, como adelantara Madrazo, no es conflictiva ni oposicional. La antropología social regresa designando

“orientaciones dentro de carreras y perdiendo toda connotación contestataria. Con el tiempo pasó a significar cualquier tipo de antropología no arqueológica, englobando incluso la antigua etnología. Tendió a englobar áreas temáticas, como antropología médica, antropología de la educación, rural, urbana, de género, visual, etc. El Folklore persiste en una orientación muy diferente al tradicionalismo superviviente anterior. Muchos folkloristas, sin embargo, han preferido orientarse hacia la antropología general, o sea social” (19).

IV. Institucionalidad, estado-centrismo y disciplina hegemónica

Buena parte de la literatura historiográfica sobre el decurso de la antropología argentina parece sumamente preocupada por reconstruir los tramos del pasado disciplinar. Tarea perentoria y necesaria, sus fundamentos se encuentran en: i) cierta aspiración a garantizar la legitimidad de la disciplina mediante la asignación de una mayor profundidad temporal; ii) los deseos de recuperar los tiempos perdidos, muertos o descendentes del desarrollo del potencial antropológico; iii) la voluntad de denunciar, en sintonía con los juicios contra los represores, a

quienes hubieran perseguido ideológicamente a sus colegas, e impedido el ansiado y merecido desarrollo de la antropología, destacando los ingentes esfuerzos de los antropólogos que lo han acometido pese a todo. Los agentes de este conjunto de intenciones han sido antropólogos, algunos de ellos graduados como historiadores pero que, desde sus testimonios, se asumen como protagonistas del pasado reseñado.

Ahora bien: este artículo no busca confrontar el pasado tal cual fue con las historias que sobre él se cuentan, sino entender cómo hemos construido nuestra perspectiva sobre nuestro pasado los antropólogos argentinos y cómo respondemos a algunas preguntas: ¿qué dicen los ejercicios de periodización antropológica que se iniciaron en 1981? ¿Qué sentidos de historia, pasado y experiencia transmiten y construyen esas periodizaciones? ¿Cómo posicionan y proyectan a la antropología *vis-a-vis* sus diferencias internas, otras humanidades y ciencias sociales y el ámbito universitario? ¿Y cómo la ubican con respecto a campos dinámicos del saber sobre el mundo empírico? Por último ¿dónde reside la plausibilidad de estas historias y dónde la capacidad para generar historias diferentes?

Al referirme inicialmente a los cronotipos y los procesos de historización, quise explicitar algunas líneas para esta indagación: que los *cronotipos* eran modelos a través de los cuales el tiempo cobraba sentido, y que la *historización* es, entre otras cosas, una actividad de selección y clasificación, fundada en nociones socio-culturalmente específicas de temporalidad, agencia y causalidad. En este artículo me ocupé de un tipo particular de historización, las periodizaciones, ordenamientos secuenciales de clasificaciones temporales articuladas por continuidades y discontinuidades entre lapsos o períodos. Cada uno de ellos debe revelar una unidad interna y observar con el precedente y el siguiente cierta relación de hilación y a la vez de separación.

La temporalidad que habitualmente se invoca al hacer historia de las ciencias suele ser teleológica, pues persigue un fin *ab initio* con respecto al cual todo cuanto sucedió se ordena. Ese fin es la autonomización e institucionalización de cierto campo del saber. Por eso la temporalidad de las historias disciplinares suele plantearse en modo evolutivo, progresivo, acumulativo y lineal.

En la antropología argentina, tal como sugieren estas periodizaciones y sobre todo los títulos de cada uno de sus segmentos, no hay evolución ni acumulación pero sí teleología. Los períodos están definidos por hitos generalmente bruscos y/o violentos de la política nacional. No hay pasajes ni transiciones, tampoco hay desarrollos, sino confrontación entre posturas constituidas de las que prácticamente no se consignan transformaciones internas. Así, por

ejemplo, la fenomenología de Bormida no agrega demasiado a su previa adscripción histórico-cultural, porque al final de cuentas representa el giro de alguien que sigue siendo un fascista. O bien, los antropólogos de fines del período 1955-1966 aparecen como básicamente los mismos que los del período 1973-1974, ya que su compromiso con la antropología social y, por lo tanto, su oposición a la etnología y al fascismo, siguen incólumes.

Esta imagen de virajes bruscos como separadores entre períodos es más débil al principio que al promediar la secuencia. El *in crescendo* va desde la asociación entre períodos y escuelas teóricas, primero, hacia la asociación entre períodos y gobiernos nacionales o pasajes relativos a climas políticos generales, llegando a la cumbre y hasta tiñendo retrospectivamente el comienzo de la historia, con la expulsión y persecución de antropólogos de la institución oficial, por razones que a veces se identifican como políticas (de izquierda), a veces como ideológicas (marxista), a veces como subdisciplinarias (antropología social). La perspectiva profesional-temporal desde la cual se labran estas periodizaciones, es la de una gesta que alcanza el final del recorrido con la restauración del pluralismo, la democracia, queriendo decir la antropología social y las fuerzas progresistas. Pero esa restauración guarda un tono más político que académico que corresponde a los períodos reseñados y que procede según una lógica fuertemente temporal. Esto es, si la definición temporal (¿cuándo estuviste-trabajaste?) conlleva una definición institucional (¿en qué institución?), el período tiene un peso significativo mayor que la institución. Lo importante no es *a qué institución uno pertenece o perteneció* o en la cual se formó, sino *los años en los que uno trabajó o estudió* en ella. Ocupa el último lugar la definición académica (escuela de pensamiento, área cultural de investigación, etc.) que casi puede inferirse, con obvio maniqueísmo, de los dos datos anteriores (de la institución en que estuviste en tal o cuál período, resultará casi automáticamente cierta proclividad teórica y temática).

En suma, los últimos segmentos de las periodizaciones –que corresponden a la existencia de la antropología profesional– están acotados por límites abruptos pertenecientes a la política nacional, cuyo signo define, y hasta determina, el de la labor antropológica institucional mientras que las organizaciones paralelas a las universitarias ocupan un sitio periférico sin espesor académico, actuando más bien como refugios hasta las sucesivas “normalizaciones” universitarias. Así la definición témporo-institucional implica tanto una posición política, ideológica y teórica, como una atribución de causas. En este juego, que la denominación del período no coincida con lo que éste encierra antropológicamente, no debe llamar la atención porque lo relevante es poder identificar el signo político del período en cuestión. De allí se infiere todo lo demás. Por eso dos de los ingredientes de la historización

–agente y causalidad– quedan subsumidos en sólo el tercero, la temporalidad. En esta dimensión es donde se suceden períodos definidos por cortes abruptos que extrañan a cada uno del anterior y del siguiente.

Ahora bien, esto no necesariamente debe resultar en la sucesión alternada de períodos que representan dos posturas con signo opuesto, pero eso es precisamente lo que ocurre. Aunque el período 1966-1973 y el 1975-1983 tengan notables diferencias, las crónicas examinadas los asimilan a un mismo signo: dictatorial - autoritario. Esta sucesión plantea varias retóricas posibles, siendo una de ellas, la más obvia quizás, la del combate por la institución perdida o ganada, por sus publicaciones, subsidios de investigación, cargos docentes, temáticas de trabajo y marcos teóricos, en función del arma empleada y de su justificación o fundamento. En el combate académico las armas son, precisamente, los subsidios, los cargos, las revistas, etc., y el fundamento es, según lo definan las partes, el conocimiento más objetivo, o más socialmente sensible, o más necesario, o más científico, etcétera. Pues bien, en el caso que nos ocupa la figura del combate es relativa, porque los que se encuentran en posición de luchar (p.e., la escuela histórico-cultural no entregaba los espacios sin luchar) son los agresores o representantes de los histórico-culturales, dictadores, Proceso, imperialismo, mientras del otro lado encontramos el compromiso y la voluntad de subsistir y volver, a lo sumo envuelta en una marea revolucionaria o transformadora (como el período 1973-1974). Victimarios y víctimas podrían ser intercambiables dependiendo de quién contara la historia. Pero la continuidad y predominio temporal de unos sobre otros, además de que los dominantes reinan en períodos de fuerte exclusión política, permite traducir fácilmente los indicadores de victimización a uno y otro bando. Sin embargo, los elementos de juicio para el ejercicio del combate o persecución se limitan a replicar lo que sucede a nivel nacional, mientras se dejan sin examinar los efectos que ese nivel nacional ejerce en el campo académico de la antropología (salvo como una automática persecución a sus docentes y alumnos).

Uno de los efectos de esta forma de historización es pasar por alto las conjugaciones particulares entre individuos, escuelas, teorías, áreas temáticas y métodos que se dan en distintas localizaciones institucionales y nacionales. De las tres periodizaciones dos se refieren a la antropología “en la Argentina”, y otra a una parcialidad, la “Antropología Social”. Sin embargo, el hilo narrativo en ellas es casi idéntico ¿Querría esto decir que la antropología en la Argentina fue tan homogénea?

Si los nombres de los períodos denuncian una homogeneidad que parece deudora de la enorme influencia que tuvo el Poder Ejecutivo en la academia argentina y particularmente en la Antropología, estas periodizaciones naturalizan la perspectiva de una temporalidad nacional

que va montada en la historia porteña, la localización más “nacional” de todas por su posición capitalina y claramente referencial en las instituciones académicas del país. Una mirada distinta al desarrollo de cada uno de los períodos, resultaría en cierta diversidad según las localizaciones. Así, por ejemplo, el primado de la escuela histórico-cultural puede haber sido mayor en Buenos Aires y en La Plata, pero no en otros puntos del país como Córdoba y Rosario. Y aún cuando los “histórico-culturales/nazis” se apostaron en distintas universidades argentinas, ni Ferdinandy ni Males tuvieron la relevancia reflexiva y formativa de Imbelloni, Márquez Miranda o Bormida. De Rosario no sabemos siquiera los nombres malditos del período procesista, y en Mar del Plata una orientación histórico-cultural *sui generis* creada bajo una dictadura, alentó el emplazamiento de la antropología social. En 1966 todos los (buenos) profesores renunciaron pero sólo en Buenos Aires. En La Plata un campeón de la “arqueología social” como González permaneció en su puesto y no fue expulsado por la intervención de Onganía. Bilbao renunció al mundo académico porteño, pero se empleó en organismos oficiales nacionales. Menéndez renunció a ser jefe de trabajos prácticos en UBA, pero mantuvo una beca del CONICET. El período 1966-1973 fue el primer exilio, pero en su transcurso se crearon las carreras de Rosario y Mar del Plata. Y Misiones desmiente casi todos los sentidos de la historia dominante en Antropología, incluso la que el fundador de la licenciatura, Leopoldo Bartolomé, presentó en 1980 en estrecha sintonía con las periodizaciones que presenté aquí. Entre otras cosas, desmiente que la antropología social sólo pueda operar en democracia ya que todo su período de desarrollo operó durante la dictadura más sangrienta de nuestra historia. Este punto ciertamente merece una explicación que excede el cometido de este artículo. Sin embargo, cabe advertir que el sesgo institucionalista de estas periodizaciones pone tanto énfasis en la pérdida y en la recuperación del *locus* institucional, que pierde de vista sus intersticios y periferias, sus otras institucionalidades posibles como productoras legítimas de líneas antropológicas alternativas. Además pierde de vista la multiplicidad de diálogos que los, por así llamarlos, “disidentes” mantenían con los representantes de la antropología oficial, así fuera para continuar algunas de sus líneas de búsqueda como para contradecir sus principios. *La antropología oficial*, con los epítetos correspondientes a cada época, es el gran interlocutor de esa antropología alternativa. Pero si la antropología oficial es fascista o histórico-cultural, la alternativa es todo lo demás [...] aunque sin definición teórica. Puede ser el de las ciencias sociales, la ciencia nomotética³, racionalista, moderna, progresista y dinámica, y mucho más a menudo “comprometida” o, como ha dicho

³ «un esfuerzo nomológico por comprender las características y las regularidades de los fenómenos socioculturales en su devenir y en su manifestación» (Bartolomé, 1980:3),

Menéndez (1971), una ciencia “anti-sistema”. Los autores de las periodizaciones lo engloban bajo el rótulo de “antropología social”, según dan a entender en las expresiones conclusivas. Es la antropología social la que constituye y provee el punto alternativo y excluyente; pasa a ser sinónimo de la antropología no-arqueológica, y a hegemonizar las periodizaciones, todas ellas críticas, de la historia de la antropología argentina⁴.

Por eso volvamos al contraejemplo misionero ¿Cómo explicarlo? Madrazo afirma que “Aparentemente la falta de cuestionamientos a nivel ideológico ha hecho posible su permanencia y crecimiento. Se realizan investigaciones aplicadas mediante convenios con entidades públicas y privadas” (29). En los albores electorales de 1983 (fecha su trabajo en junio de ese año), Madrazo diagnostica el regreso del “antiguo modelo de ‘profesionalidad’ del cientificismo, alejado de posiciones valorativas” (30) y aunque acepta que las expectativas así planteadas son “muy legítimas”, nota que algo importante se ha perdido en el camino. La antropología social será, de ahí en adelante, profesionalista y cientificista, salvo que sus cultores, viejos y nuevos, rescaten del olvido y de la sangre la mística del compromiso. Pero a la luz del decurso planteado por estas historias, esa mística se ha revelado más como una estrategia defensiva, que como un programa propio de iniciativas específicas y distintas tanto de la sociología como de la vieja antropología. Impedida por los embates políticos nacionales y políticos antropológicos, no alcanzó a edificar escuelas y se refundó siempre en la coyuntura de la oposición.

⁴ Pese a que define su reflexión historiográfica como ubicada en la antropología social, Bartolomé afirma que «la antropología fue golpeada cuando recién estaba haciendo esfuerzos para salir del cascarón y contaba con muy pocas defensas, no sólo frente a los enemigos externos, sino frente a los enemigos internos, empeñados en que el ‘patito feo’ nunca descubriese que podía ser un cisne» (Bartolomé 1980:1).

REFERENCIAS

- BARTOLOMÉ, LEOPOLDO J., 1980. «La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas». En: *América Indígena* XL(2):207-215.
- CGJA (Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas), 1988. *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- FÍGOLI, LEONARDO, 1990. *A ciência sob olhar etnográfico. Estudo da Antropologia Argentina*. Brasilia, Tesis doctoral, Universidade de Brasilia.
- GARBULSKY, EDGARDO, 2000. "Historia de la antropología en la Argentina", en MIRTHA TABORDA (comp.) *Problemáticas antropológicas*. Rosario, Laborde editor.
- GUBER, ROSANA & SERGIO E. VISACOVSKY, 1998. "Controversias filiales. La imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXII-XXIII:25-54, SAA, Argentina.
- HERRÁN, CARLOS A., 1985. «Antropología Social en la Argentina: Apuntes y perspectivas». En: *Simposio sobre teoría e investigación de la Antropología Social Mexicana*, El Colegio de México, Mayo 11-14.
- IMBELLONI, JOSÉ, 1949-50. "Antropología. Investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país", en *Publicaciones de la Subsecretaría de Educación de la Nación*. Buenos Aires I(4).
- KUPER, ADAM, 1991. «Anthropologists and the History of Anthropology», in *Critique of Anthropology* 11(2):125-142.
- MADRAZO, GUILLERMO B., 1985. "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina". En: *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1:13-56.
- RATIER, HUGO E. & ROBERTO R. RINGUELET, 1997. "La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia". En: *Horizontes Antropológicos* 3(7):10-23, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- STOCKING, GEORGE W., JR, (1983). «History of Anthropology. Whence/Whither», in STOCKING, GEORGE W., Jr (ed) *Observers Observed-Essays on Ethnographic Fieldwork*. The University of Wisconsin Press, 3-12.
- VESSURI, HEBE M.C., 1990. "El sísifo sureño: las ciencias sociales en la Argentina", en *Quipu* 7(2):149-185.
- VESSURI, HEBE. M.C., 1992. «Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas», en: OTEIZA, ENRIQUE (dir.) *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Serie CUADERNOS DEL IDES

Títulos publicados:

- Nº 1. SERGIO CAGGIANO: "Fronteras múltiples: Reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina".
- Nº 2. ELIZABETH JELIN: "Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales".
- Nº 3. ARIEL ALBERTO COREMBERG: "El crecimiento de la productividad de la economía argentina durante la década de los noventa: «Mito o realidad»".
- Nº 4. ADRIANA MARSHALL y LAURA PERELMAN: "Sindicalización: Incentivos en la normativa sociolaboral".
- Nº 5. MARCELA CERRUTTI y ALEJANDRO GRIMSON: "Buenos Aires, neo-liberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares".
- Nº 6. ANDREA MASTRÁNGELO: "Entre la selva y el río. Búsqueda etnográfica de indicadores de evaluación en un proyecto de «recuperación de la selva marginal con promoción de la comunidad» en el Nordeste de Brasil".
- Nº 7. JOSÉ GARRIGA ZUCAL: "Amigos y no tan amigos". Los integrantes de una hinchada de fútbol y sus relaciones personales.
- Nº 8. ADRIANA MARSHALL: "Efectos de las regulaciones del trabajo sobre la afiliación sindical: Estudio comparativo de Argentina, Chile y México".
- Nº 9. RAMIRO SEGURA: "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico".
- Nº 10. LAURA PERELMAN: "Sindicalización y Obras Sociales".
- Nº 11. GABRIELA ADRIANA SALA: "Trabajo y salario de los emigrantes argentinos residentes en el Brasil".
- Nº 12. SANTIAGO CANEVARO: "Cuerpo, teatro y migración. Movilidad identitaria de jóvenes migrantes en Buenos Aires".
- Nº 13. VANESA COSCIA: "*Usuarios vs. Trabajadores: Construir y jerarquizar como formas de politizar/despolitizar reclamos laborales*".
- Nº 14. GABRIELA A. SALA: "Segregación laboral de los países limítrofes en provincias argentinas. Una propuesta de medición".
- Nº 15. DIANA MILSTEIN: "La escuela, territorio urbano en disputa".
- Nº 16. ROSANA GUBER: "Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía en las periodizaciones de la antropología argentina".